

SERMON V

VESPERTINO

Ó DE MISION,

sobre el Infierno.

*Ite, maledicti, in ignem aeternum.*

Matth. xxv.

Id, malditos, al fuego eterno.

Tal es, señores, la terrible sentencia que fulminará Jesucristo, Juez de vivos y muertos, sobre todos los réprobos en el dia de su furor y de su ira. ;Qué fallo inevitable, qué triste destino, qué separacion tan lamentable, qué incomparable pena! Hé aqui el tér-

mino fatal de las alegrías de los mundanos. Sus gritos insensatos se han convertido en lágrimas amargas: sus iluminaciones en espesas tinieblas: sus fiestas brillantes, sus cantos lascivos, sus asambleas sensuales, en que de ordinario presidian Baco y Venus; es decir, la embriaguez y la luxuria, se han convertido en un momento en horrosos lamentos, en tormentos inexplicables. Los hijos del reino, dice Jesucristo, serán arrojados á las tinieblas exteriores, donde reinarán las lágrimas y la desesperacion: *filii regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus, et stridor dentium.* ;Terrible escena! señores; mas no por terrible dexa de ser verdadera y justa.

Yo no sé si estos oráculos harán en vosotros la debida impresion, estimulándoos á penitencia, como á los moradores de Nínive las amenazas de un profeta, ó si os bur-

laréis de mí, como los ciudadanos de Sodoma, cuando el justo Lot les anunciaba el fuego del cielo que iba Dios á enviar sobre Pentápolis. Pero estoy cierto que los mundanos, que pasan sus días en delicias, y que mueren sin penitencia, descenderán en el momento de su muerte al infierno, como Job se explica, donde privados eternamente de la vista de Dios, sufrirán para siempre inexplicables tormentos.

¡Lamentable infelicidad! ¿quién no tiembla y se estremece, señores? ¿Sería por ventura necesario que para convenceros de esta verdad terrible saliese del abismo un réprobo que os predicase del infierno en su persona misma? ¿Mas á qué fin este milagro, dice S. Pedro Crisólogo? El que no crea á un Dios, que baxó del cielo para instruirnos en su divina ley, ¿cómo creería á un réprobo que saliese del abismo, por mas que le intimidá-

ra con su horrible presencia?

Por tanto, yo no haré mas que exponeros sencillamente, pero ceñido siempre á los divinos oráculos, el infeliz estado del alma de un réprobo, destinada por Dios al infierno en castigo de sus pecados. Ella debe padecer eternamente dos géneros de pena, ambos inexplicables; á saber, la de daño y la de sentido, como se explican los teólogos. La primera consiste en la privacion de Dios; y la segunda en sufrir para siempre las mas espantosas tinieblas y tormentos en medio de un fuego eterno. Hé aqui en dos palabras la materia y division de este discurso, que deseo no perdais jamas de vista, por ser uno de los mas poderosos correctivos del pecado. Para empezar por la mas tolerable comparativamente, hablaré en primer lugar *de la pena de sentido*; y en segundo *de la de daño*, que es la mas insufrible.

¡Espíritu de mi Dios! á cuyo honor consagro mis trabajos, renovad hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Llenad de vuestro fuego divino el corazon de todos mis oyentes, para que por medio de una verdadera penitencia se pongan en tiempo á cubierto de vuestra ira futura. Dignaos, Señor, purificar mis labios como los de vuestro profeta, para que dignamente pueda anunciar vuestros oráculos. Esta gracia os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Esposa y Madre nuestra María santísima. *AVE MARIA.*



*Ite, maledicti &c.*

A fin de que no penseis que por un efecto de mi genio lúgubre, ó de una imaginacion recalentada pretendo asustaros con terrores pánicos al describiros las penas del infierno, elijo por exemplar de estos horribles tormentos al infeliz réprobo de que nos habla S. Lucas en el capítulo xvi de su evangelio.

Habia, dice, un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo, y comia con esplendidez diariamente. Habia al mismo tiempo un cierto mendigo, llamado Lázaro, que cubierto de llagas yacía á las puertas de aquel poderoso, deseando saciarse de las migajas que caian de la mesa de aquel rico, y nadie le daba. Sucedió pues la muerte del

mendigo, y fue conducido por los ángeles al seno de Abraham. Pero habiendo muerto el rico, fue sepultado en el infierno.

Sigamos, señores, con la consideracion el alma de este réprobo, fiel exemplar de los demas, desde el momento en que sale del tribunal supremo y baxa á los abismos. ¡Qué soledad tan espantosa! Abraham, que desde lo alto de los cielos echa sobre él una mirada penetrante, le ve como abismado en un caos inaccesible á la luz del dia, sepultado en el fondo, y como sellado sobre su cabeza: *magnum chaos firmatum est*. Aquí es donde segregado del cielo y de la tierra, separado de los hombres y de todos los seres, debe vivir eternamente sin sociedad, sin apoyo y sin consuelo.

Despojado el réprobo, por decirlo así, de todos los caractéres de la naturaleza, de todos los títulos

de la vanidad, de todas las prerogativas de nacimiento, sin parientes, sin amigos, sin nombre, sin casa, y sin familia, solamente es conocido por sus vicios. Palacios, ciudades, tierras, sol, astros, firmamentos, vosotros no existis ya para un alma abismada en la noche eterna. Sepultada en esta lúgubre mansion, solo puede palpar las mas densas tinieblas. Aislada, incierta, trémula, solícita en vano arrojar su vista sobre los objetos agradables que ha dexado; porque es necesario que devore sin consuelo sus amarguras y dolores.

¿Quién podrá, señores, concebir la extraña revolucion que siente el alma del réprobo al entrar en esta horrible mansion? En este momento, dice un sabio, han desaparecido las imágenes del ojo. Los sentidos han dexado ya de enviarle sus diferentes impresiones. Sus antiguos pensamientos han perecido con el

celebro que les daba su sér. Han cesado las ilusiones con el juego de los órganos que las causaban: las fantasmas de la imaginacion han desaparecido con la luz, porque una noche oscura le ha robado todos los objetos.

Transportada pues súbitamente de un mundo risueño á un horroroso vacío, reconoce á su pesar aquella region lúgubre que le habia anunciado el santo Job como una tierra tenebrosa, cubierta de las sombras de la muerte; como una tierra de calamidad y de miseria, donde reina una noche eterna, un perpetuo horror, un desórden sempiterno: *ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.*

¡Qué espantosa noche, qué incomparables tinieblas! Acaso la pintura que hizo el sabio de aquellas con que cubrió Moisés la faz de Egipto podrá ayudaros á concebir la idea de las que cubren el alma

réproba. Imaginad, os ruego, esta terrible oscuridad que sale del fondo de los abismos; esta noche impenetrable al resplandor del fuego, á la luz de las llamas, á los rayos de los astros; esta noche profunda, dice un sabio, que no fue interrumpida por los mas horribles relámpagos sino para entrever espantosas fantasmas. Imaginad á los egipcios absortos, llenos de temor é inmóviles. Considerad á estos infelices temblando al ver los mas horribles monstruos, al oír los silbos de las serpientes, los bramidos de las bestias feroces, el ruido de los ecos, el de las aguas y los vientos, que apenas les permitia respirar. Tal es substancialmente la pintura que de las tinieblas de Egipto hizo el autor de la Sabiduría.

Mas aunque esta noche memorable sea figura de la noche eterna, ¿quién no ve que solo es imagen imperfecta y débil de las tinie-

blas que reinan en el vasto caos del abismo? ¡Horrores lúgubres, que llenasteis de espanto al Egipto! vosotros seriais las delicias de la mansion tenebrosa en que cae el alma réproba al salir de su cuerpo, y por toda la eternidad: *magnum chaos firmatum.*

Pero aun esta pena seria tolerable si fuese sola la que aflige los sentidos del réprobo. Oid al rico epulon, símbolo de los demas. Me abraso, dice, en estas llamas: *cruccior in hac flamma.* Llamas en la noche eterna sin iluminar sus tinieblas; fuego que devora, y no brilla, ¿cómo conciliarémos efectos tan contrarios? ¡Ah! señores, consideremos á este fuego en sí mismo, y en la mano de Dios. En sí mismo es un fuego real y verdadero, cuya sola idea debe hacernos temblar. En la mano de Dios es un fuego preternatural y milagroso, cuyo pensamiento nos debe atemorizar mas.

Yo bien sé, hermanos míos, que las pasiones no se acomodan á esta doctrina que juzgan demasiado severa, y que no faltan incrédulos que duden de la existencia de este fuego. Mas el oráculo de Jesucristo sobre la materia es bien expreso; *id, malditos, dirá á los réprobos, id al fuego eterno. Ite maledicti in ignem æternum.* ¡Qué funesta actividad la de este voraz elemento! Él fue sin duda el que cayendo sobre aquellas ciudades abominables de Pentápolis, reduxo en un momento á una vasta hoguera el país mas ameno y delicioso, convirtiendo á estas regiones malditas en una especie de imágen de los fuegos eternos, como S. Judas se explica: *factæ sunt exemplum ignis æterni.*

El fuego debe asimismo consumir en los últimos dias los cielos, desecar los mares, y reducir el universo á cenizas, marchando delante de la faz del Señor para devorar

á sus enemigos: *ignis ante ipsum præcedet, et inflammabit in circuitu inimicos ejus.*

Avivad aquí vuestra fe, y entrad con la consideracion en estas ardientes prisiones, cuyos cautivos estan como abismados y sumergidos en un fuego, que une el horror de la mas espantosa obscuridad á la mayor actividad de sus llamas: fuego extraordinario, que no sólo obra sobre los cuerpos, sino sobre los espíritus, abrasándolos y devorándolos, pero sin disiparlos ni consumirlos: fuego que enciende, nutre y conserva la ira del Señor, formando un abismo de ardor, de llamas y tinieblas.

Por esta razon da Jesucristo al infierno ya el nombre de fuego eterno, ya de tinieblas exteriores: dos imágenes, que por mas incompatibles que parezcan, se reunen en el abismo; pues aunque Dios ha unido siempre sobre la tierra la luz

al fuego, puede separar estas cosas á su arbitrio, y las separa en efecto en el infierno para mayor castigo de los réprobos; porque como el fuego debe abrasar aquella terrible cárcel, destinada para colmo de todos los males, no tuvo por conveniente manifestase su luz, que podria servirles de algun consuelo, aunque miserable. El fuego pues, el azufre, el espíritu de las tempestades, ó los ardores sempiternos serán, segun el Rey Profeta, una parte del cáliz de los réprobos.

Consultad vuestro interior, señores, para responder á una pregunta que sobre la materia os hace el santo profeta Isaías. ¿Quién de vosotros, dice, podrá vivir entre este fuego devorante? ¿Por ventura aquel hombre abominable, cuyo dios es el vientre y las delicias sensuales? ¿Aquella persona de bello humor, entregada como el rico avariento al luxo y á la gula, an-

sioso de todos los manjares deliciosos, curioso indagador y espectador de todos los festines, y que hace alarde de sobresalir en el bello arte de gustar las viandas mas exquisitas, los vinos, los aceites mas deliciosos? ¡Ah! la hiel de los dragones, dice el Espíritu Santo, será el vino de estos infelices en aquel abismo de ardor y de tinieblas. *¿Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* ¿Podrá acaso sufrirlo esta jóven sensual, débil y delicada, á quien asusta el solo nombre de penitencia, y que apenas observa los ayunos de precepto? Esta que solo respira placeres y diversiones, á quien atemoriza el mas ligero ensueño, ¿cómo podrá tolerar esta noche eterna, que jamas verá la luz, ni respirar para siempre estos fuegos devorantes? *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?*

Mas consideremos ya este fuego

en las manos de Dios, que es quien lo atiza y le comunica el ardor. Nuestro fuego, dice un sabio, obra por grados y con intervalos, su accion es sucesiva; pero el del infierno obra de un golpe, y en el momento hace sentir toda su actividad. Congregad, dirá Dios á los ministros, congregad á los réprobos, ligad sus manos manchadas con toda especie de impurezas; ligad esos pies prontos siempre á correr por las sendas de la iniquidad; esas lenguas siempre dispuestas á destilar la hiel de la maledicencia; ligad esos sentidos profanados por secretas y vergonzosas complacencias; ligad esas almas criminales y esos cuerpos sensuales; ligad á esos enemigos irreconciliables, que se han hecho eternamente la guerra; esos viles esclavos de la avaricia, del luxo, de la vanidad, de la lascivia y de la gula. Congregad todas estas víctimas de mi justicia irrita-



da, como un rebaño estúpido, á propósito solo para el fuego: *congregat eos quasi gregem ad victimam*. Ligad ese innumerable rebaño, y arrojadlo al fuego para que arda eternamente: *colligent eum, et in ignem mittent, et ardet*. Fuego voracísimo, que abrasará á los réprobos como pajas ligeras, ó á manera de estopas en un brasero encendido, cómo se explica el Eclesiástico: *stippa collecta synagoga peccantium, et consummatio illorum flamma ignis*. Fuego que sin embargo de su actividad, aunque atormenta extremadamente, no destruye los cuerpos como el nuestro elemental, antes sí los nutre al tiempo mismo que los abrasa. Fuego, que viene á ser como una especie de sal, que preserva de corrupcion á la víctima, dándole, para decirlo así, una triste inmortalidad, mil veces mas funesta que la muerte misma: *omnis victima sale condietur*.

De aqui se deduce legitimamente que todos los males y tormentos de la tierra son una mera sombra del fuego del infierno. Figuraos las mas graves penas y suplicios que desde el principio del mundo han padecido los hombres; todos ellos comparados con los del infierno son juegos y vagatelas de niños, dice S. Juan Crisóstomo: *hæc omnia risus sunt*.

La guerra, la hambre, la peste, las tempestades que destruyen vuestras campiñas, los terremotos que arruinan vuestras casas, todo esto prueba bien que Dios está irritado con nosotros. Sin embargo, es preciso confesar con un profeta, que estos males no son mas que una gota del amargo cáliz de su ira, que ha destilado el Señor sobre nuestras cabezas: *stillavit super nos maledictio*.

Si unas simples gotas pues son tan amargas, ¿qué diremos del tor-

rente de su furor, como reflexiona un padre de la Iglesia? ¿Quién de vosotros, os ruego, podrá vivir eternamente en este fuego devorante? *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* ¿Poderosos del mundo! mas criminales tal vez que el rico avariento, ¿cómo podreis tolerar estos ardores sempiternos? ¡Mugeres del siglo! mas reprehensibles á veces por vuestros adornos profanos y lascivos, que la impia Jezabel, ¿cómo podreis sufrir este fuego devorador y eterno?

Nuestra conducta es regular, oigo decir á muchas personas. Es verdad que nos conformamos á la moda y usos del mundo; que frecuentamos los teatros y las diversiones; que gustamos del placer y de la magnificencia en los vestidos, en las mesas y en los trenes; pero estamos libres de aquellos crímenes que deshonran la sociedad. No tenemos pues que temer un destino tan infeliz.

¡Ah! si el infierno no hubiera de poblarse sino de homicidas, ladrones é incestuosos, yo acaso os daria mil parabienes. Mas él está lleno de cristianos tibios, gulosos y mundanos; y temo mucho que este language farisáico que adoptais, y la soberbia, luxo y descuido en que vivís, os haga clamar algun dia con el rico avariento: *crucior in hac flamma.*

¿Sabeis en qué consiste mi justo temor de vuestra salud eterna? En que el reino de Dios, como dice Jesucristo, padece violencia, y solo con violencia se arrebatá; y al mismo tiempo observo que vosotros ninguna haceis á vuestros apetitos: antes por el contrario os veo conformaros á las máximas de un siglo corrompido, contra el precepto expreso del Señor, y abrazar de por vida las pompas y vanidades, de que solemnemente renunciasteis en el sacro bautismo.

Añado, que las pasiones de este tiempo, como se explica S. Pablo, no son dignas de la gloria que tiene Dios prometida, y que solo obtendrá el que perseverare hasta el fin, crucificando la carne con sus vicios, desnudándose del hombre viejo; es decir, del pecado, para vestirse de Jesucristo, imitándole en la humildad, en la obediencia y en la caridad. El que pretenda salvarse por otra senda, camina al precipicio, y será atormentado en el abismo, no solo con un fuego eterno, sino, lo que es mas, será privado para siempre de la vista de Dios: segunda reflexion de este discurso, que voy á exponeros con la posible brevedad. Renovad aqui vuestra atencion.

II. El hombre por la culpa se separa de Dios, posponiéndolo á la criatura, y el Señor en justa pena se aparta del pecador eternamente. Yo le ocultaré mi rostro, dice en

el Deuteronomio. ¡Castigo incomparable, inconsolable separacion, pena infinita! como santo Tomas la llama, por ser la pérdida del infinito bien, que es Dios.

¡Quién pudiera, señores, presentaros aqui con extension la verdadera idea de este tormento, mucho mas cruel que las llamas, y mas intolerable que la soledad y las tinieblas de la noche eterna! Hablo de la privacion de Dios, privacion amarga, que arroja al alma réproba en un estado tan deplorable, cuanto es de regocijo la presencia de Dios para los bienaventurados. ¡Ojalá pudiese yo hacerlos comprender todo el horror de aquel inmenso vacío que dexa en el corazon de los malos la privacion del infinito bien, que es lo único que puede llenarlo! ¡Ojalá pudiese exprimir esta necesidad infinita, y jamas satisfecha, que produce en el réprobo la separacion de

aquel bien adorable para que fue criado! ;Ojalá pudiese describir este vehemente deseo que le lleva ácia Dios, junto con la desesperacion de estar separado de él para siempre! ;Ojalá en fin pudiera representar con energía el maravilloso contraste del perpetuo conato del alma réproba por dirigirse ácia su centro, que es Dios, y la violencia con que una mano oculta le repele y le aleja!

;Mas cuán difícil es comprender una pena, de que no tienen idea nuestros sentidos, y que solo es visible á los ojos de la fe! Imaginad, dice un sabio, una de estas inclinaciones impetuosas, y que en cierto modo ni dexan imperio á la razon, ni reposo al alma, de liberacion á la voluntad, ni tregua á los movimientos, ni límites á la desesperacion de no poder satisfacerse. Todo esto no es mas que una ligera idea del atractivo inde-

liberado de los réprobos por el bien supremo, y la infinita pena de no poderle gozar.

No quiere decir esto, que el alma réproba ame al fin á su Dios, á quien no ha amado durante su vida mortal. Le blasfema por el contrario, aunque llora la infelicidad de estar separada para siempre de la presencia del Señor, y esta amarga privacion es su mayor suplicio. Si ella pudiera arder en el fuego de la caridad, bien presto penetraria el intervalo inmenso que la separa del cielo; y vos, ¡ó mi Dios! que sois la bondad por esencia, la abrigariais en vuestro seno paternal, redimiéndola de las llamas vengadoras. ;Mas ella, Señor, está privada para siempre de veros, porque jamas dexará de aborreceros!

No hay pues redencion en el infierno; porque allí no puede haber conversion ni arrepentimiento:

la precision de permanecer en sus sentimientos culpables, hé aqui el mayor suplicio de los réprobos, y el que, para decirlo asi, eterniza todos los demas. Mientras vivian en el mundo conservaban en cierto modo algun gusto por la virtud; su inclinacion al mal no era invencible; y aun en la carrera de sus mayores desórdenes sentian la libertad de convertirse al bien, y aun remordimientos que mas de una vez los excitaban á ello. Mas en el infierno, aunque penetrados de afliccion por sus pasados crímenes, no pueden ya abjurar ni detestar su malicia. Inflexibles en el pecado, inmóviles en su mala voluntad, desearian haber detestado los crímenes que aman; haber practicado las virtudes que aborrecen; haber amado al mismo Dios que blasfeman. Monstruoso contraste de rebelion y de pena, de deseos y desesperacion, de remordimientos y delitos, que

los hace aborrecer igualmente el mal que el bien. Por manera, que persistiendo porfiadamente en sus deseos criminales, no cesan de reprehenderse; y sin querer dexar de ser culpables, querrian no haberlo sido jamas.

¿Qué ausencia pues, señores, qué separacion igual á la pérdida y privacion de Dios por una eternidad? ¿quién es capaz de considerarla ni explicarla? Vosotros, dixo S. Pablo á los fieles de Mileto al despedirse de ellos, vosotros todos, á quienes he predicado el reyno de Dios, mis hijos muy amados, á quienes engendré en la Iglesia, sabed que es ya tiempo de separarme; y ya no oireis esta voz que os anunciaba el evángelio. Paulo, vuestro padre, vuestro maestro, vuestro amigo, será bien presto cargado de prisiones, y no volveréis á ver mi rostro.

Á estas palabras fué universal la consternacion del auditorio. Los

suspiros, los sollozos, las lágrimas fueron los fieles intérpretes de su afligido corazón: *magnus fletus factus est omnium*. Hasta allí, dice S. Juan Crisóstomo, habían oído sin particular moción las tristes predicciones del Apóstol; á saber, que por su ausencia entrarían en el rebaño lobos rapaces que lo devorarían, y hombres perversos que se ocuparían en formar prosélitos de su iniquidad. Mas cuando llegó el momento de su despedida, fueron sorprendidos de dolor, principalmente por haberles dicho que no verían mas su rostro: *dolentes maxime in verbo, quod dixerat, quoniam amplius faciem ejus non essent visuri*.

Si tanta sensación pues pudo hacer en los fieles primitivos la separación de S. Pablo, ¿qué diremos de los réprobos en orden á su separación de Dios? Los fieles de Mileto bien sabían que pasado algun

tiempo tenían esperanza de ver á Pablo, sin miedo de perderle. Mas en orden al réprobo sucede todo lo contrario. Luego que resuene al oído de cualquiera de estos infelices: *separaos de mí: id al fuego eterno*: ya no quiero vuestra sociedad; ya no seré vuestro Dios, ni vosotros sereis ya mi pueblo; yo os privo de mi herencia, como vosotros me habeis privado de vuestro amor; ya no vereis jamas mi rostro: *non videbitis faciem meam*: una vez, digo, pronunciado este destierro, ya no hay apelación de la sentencia. En vano gritarian estos desgraciados cautivos desde el fondo de los abismos: manifestadnos, Señor, vuestro rostro: *ostende nobis faciem tuam*: manifestadnos este rostro que contemplan los ángeles, y que cada vez desean ver con mas ansia: este rostro que no pueden contemplar los querubines sin cubrirse con sus alas; este rostro, cuya belleza siempre

antigua , y siempre nueva , nada pierde jamas de su esplendor ; mostradnos vuestro hermosísimo rostro , y seremos salvos : *ostende faciem tuam , et salvi erimus*. Vanos , digo , serian estos lamentos : *apartaos , malditos* ; hé aqui la fulminante respuesta : retiraos , impios ; adoradores criminales de estas mortales divinidades , id á los abismos á gozar de estas infelices criaturas , de quienes fuisteis esclavos : id á gustar los frutos de vuestra codicia , luxuria y gula entre los ardores sempiternos ; pues por lo que hace á mi rostro , no lo vereis jamas : *non videbitis faciem meam*.

¡Qué expresion ! ¡qué pérdida , señores ! ¿quién es capaz de explicar toda su extension ? La separacion de los amigos y parientes , la pérdida de la salud y del honor , todo ello es nada en comparacion de la pérdida de Dios , cuya posesion es la de todos los bienes , como se

explica el santo Job , igualmente que la privacion de su divino rostro el cúmulo de todos los males. ¿Qué mayor infelicidad en efecto , que ser para siempre despojados de todos los bienes de la naturaleza , de los de la gracia y de la gloria ? Un hijo sin padre , un rey sin trono , una esposa sin marido , un ciudadano sin patria , ¿puede compararse esta pena á la privacion de Dios ?

¡Estado verdaderamente el mas lamentable ! cuya sola consideracion hacia temblar y estremecerse á los mas grandes santos. Culpable de un doble crimen de adulterio y de homicidio , decia David : ¿no me excluirá de su reyno este Dios vengador ? ¡Ah ! que me quite en buen hora la corona ; pero que no me prive de la de sus santos : que me arroje de mi trono ; pero no de su presencia. ¿*Numquid in æternum projiciet Deus ?* Por lo que á mí hace , para explicarme con el Cri-

sóstomo , miro la sola pérdida de Dios por mas intolerable que mil infiernos juntos.

Es verdad que durante esta vida mortal , en que solo podemos ver á Dios como enigma y por un espejo , como dice S. Pablo , no nos es posible formar cabal idea de la incomparable pérdida de un Dios. Mas cuando fuere quitado el velo de esta carne , y seamos conducidos hasta las puertas del cielo , no podremos dexar de entrever esta magestad omnipotente , que puso límites al mar , y en equilibrio las montañas ; que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra , afirmándola sobre sus bases : esta magestad benéfica , que nada ha omitido por atraernos á su reyno inmortal. Díganlo las promesas , instrucciones , amenazas , lágrimas , y aun la misma sangre de su Unigénito. Esta magestad resplandeciente , que bastaria verla como es en sí por

un momento para ser eternamente felices: esta magestad paciente , que por tanto tiempo ha suspendido su cólera contra el pecador , y que solo á su pesar le ha arrojado de su vista. Cuando consideren pues los réprobos la privacion del esplendor de tanta magestad , entonces comenzarán su llanto eterno , su tristeza , su desesperacion : *ibi erit fletus , et stridor dentium* : y aturdidos á manera de ébrios , como David se explica , solo volverán en sí para exclamar inútilmente : *ergo erravimus à via veritatis*.

Pecadores , ¡que os inmortalizais de buena voluntad sobre la tierra por gozar de vuestros desenfrenados apetitos ! ¡cautivos criminales , á quienes la dulce memoria de la celestial Jerusalem , vuestra patria , jamas ha arrancado un suspiro , y que separados de la gracia de Dios , vivís á sangre fria en este mundo ! Hé aqui la triste suerte



que os espera en la eternidad si no borrais en tiempo con lágrimas de verdadera penitencia vuestros pecados.

Entrad en vuestro interior, señores, y meditad con estremecimiento estas verdades. Yo nada he avanzado en este lúgubre discurso, que no esté fundado en los divinos oráculos. No perdais pues de vista el fin último para que Dios os crió; ni olvidéis por un momento, que en el fin de los siglos unos resucitarán para la bienaventuranza, y otros para un eterno suplicio: aquellos para gozar de Dios, y verle como es en sí eternamente; estos para vivir en las mas espesas tinieblas, en la mas espantosa soledad, entre los ardores sempiternos de un fuego abrasador, que el Señor ha encendido y conserva con el soplo de su ira: aquellos gozando para siempre de la presencia de Dios; y estos privados eternamente de su amabi-

lísimo rostro: *in tempore illo alii evigilabunt in vitam æternam, alii in opprobrium æternum.*

¡Omnipotente Dios y Señor nuestro! apresuraos á venir en nuestro auxilio, y abrasadnos en el fuego de vuestro amor divino, para no ser sorprendidos por una muerte criminal. No permitais, Señor, que en nosotros se pierda el fruto de vuestra sangre preciosísima, y la copiosa redencion de vuestro Hijo. Pecamos; hemos cometido iniquidades; hemos errado las verdaderas sendas; hemos disipado la inestimable legítima de vuestras gracias; hemos abusado de vuestra paciencia; pero reconocemos nuestros yerros, y volvemos arrepentidos. Aquí de vuestra clemencia, Señor, y de vuestra misericordia. Echad sobre nosotros una mirada favorable, una gracia victoriosa que ilumine nuestras tinieblas, á fin de que se renueve hoy vuestra gloria en el tem-